

NOTAS

DON MANUEL MARIA ESCOBAR O.

Por Ignacio Betancur Campuzano

Personas hay que en repetidas oportunidades y con resultados plenos cumplieron su misión para con la sociedad de que formaron parte y dieron la sensación de que con cada obra acabada terminó su propia existencia por lo esforzado de la misma y la inmensidad de su significado. Es tan abundante el beneficio social de sus actuaciones que sus conciudadanos entienden que quien realizó o contribuyó a realizar obras de tal importancia, o ya no se encuentra entre los presentes, o ha pasado a la galería de las dignas reservas. Pero el sentido del bien ajeno de hombres así es tan predominante y sus proyecciones tan pujantes, que resultan cubriendo con su influencia todas las capas sociales, a través de múltiples generaciones y desde aspectos bien diversos.

Don Manuel María Escobar no necesitó llegar a los ochenta y cinco años de vida para merecer el título de admirable ciudadano, benefactor insigne y consejero insuperable; pero no permitió tampoco envejecer su ímpetu de servicio y su afán de ser útil. Su presencia en las actividades que el bien de otros exigía, era solicitada como prenda de acierto y jamás rehusada como garantía de servicio.

Desde las funciones que la representación popular le señaló en el Concejo de Medellín y en la Asamblea de Antioquia, hasta el desempeño de su labor de inigualable consejero de quienes quisieron enrutar por camino derecho sus inquietudes, problemas y negocios, don Manuel actuó a plena capacidad, con definida orientación y con entusiasmo indeclinable. Tomaba los ajenos asuntos como propios y abandonó más de una vez éstos para atender a sus semejantes. Su sabia orientación estuvo disponible para las más variadas y empinadas empresas. Como concejal de Medellín formó parte de aquél grupo de ediles que sin otro interés que el de la ciudad, concibió, planeó y dió realidad a la hidroeléctrica de Guadalupe. Entonces era cuando ofrecía su propia casa para garantizar las deudas municipales y de sus fondos particulares se atendía al pago de las obligaciones contraídas por la ciudad. Entonces ocurría que propiedades compradas a nombre personal pasaban a la entidad pública, sin recargo y sin aprovechamiento.

Puso don Manuel especial empeño en obras como la de la Universidad Pontificia Bolivariana y fue decisiva su intervención como presidente de la Junta Económica para fundamentar su estructura financiera con la adquisición y fi-

nanciación de los terrenos inmensos en que se hallan hoy los primeros edificios que sirven de claustro, rodeados de urbanizaciones que permitieron levantarlos.

Como hombre de negocios fue ejemplar por su pulcritud y estricto sentido de su manejo, al mismo tiempo que atinado y emprendedor como pocos. El Banco Comercial Antioqueño, la Compañía Colombiana de Tabaco y sus instalaciones para el aprovechamiento y beneficio de las pieles de exportación y consumo local son las más salientes, aun cuando no las únicas, empresas de transformación económica importante y de resultados halagüeños para el país.

La silenciosa ayuda a las casas de religiosos y a otras instituciones de este mismo género y de beneficencia, como el Hospital de San Vicente, la Asociación del Clero y el Convento de la Enseñanza permitieron a don Manuel María tener la íntima satisfacción de servir en todo lo noble y digno que ofrece la vida.

Quien no lo trataba como hombre de negocios tenía la oportunidad de encontrarlo en la Caja de Ahorros de Medellín, a cuya Junta perteneció por mucho tiempo; o en la Universidad Católica, o en el Hospital de San Vicente, o en su oficina privada aconsejando, o en la tutela de los educadores, de las contemplativas, de los sacerdotes necesitados o, en fin, en la generosa atención del bien común.

Tuvo gran fortaleza de ánimo y su estructura espiritual fue reciamente probada por Dios con la más envidiable de las resistencias. Su confianza en El no tuvo tregua y el amargo sabor con que algunas veces lo trató la Providencia produjo un nuevo signo de valentía y de su incommovible espíritu cristiano.

Los suyos debieron generosamente considerarlo como ajeno, mientras los demás lo tuvieron siempre como propio.

OBLIGACION DE LA RELIGION SOBRENATURAL

Por Valentín Soria Sánchez

Dos líneas de presentación.

No se trata de refutaciones o de réplicas. Únicamente se pretende exponer las frases más significativas del sabio y competente profesor de Derecho Público Eclesiástico de la Universidad Pontificia de Camillas (Santander, España).

Las ideas que en clase propone con transparencia y diafanidad, caen en el terreno de lo inédito.

El trabajo se ha reducido a extractar el pensamiento del Reverendo Padre Lorenzo Rodríguez Sotillo, S. J., transcrito en su excelente y profundo Compendio de Derecho Público Eclesiástico (*Compendium Iuris Publici Ecclesiastici*, II, editio, 1951).

El Padre Sotillo afirma diáfananamente la obligatoriedad que incumbe al Estado de abrazar la religión católica:

“El Estado-sociedad y el Estado-autoridad, en cuanto tales, están obligados a abrazar, conservar y defender la verdadera y sobrenatural religión, que está solamente en la Iglesia católica”.

Continúa el argumento del autor sobre la afirmación antes citada de la obligación del Estado de profesar la verdadera religión:

Notas

“Si están obligados (el estado-autoridad y el estado-sociedad) a profesar la religión, ésta debe ser la religión verdadera, pues para la falsa no se dá obligación; y puesto que la religión verdadera únicamente está en la Iglesia católica, deben entrar en ella y en ésta permanecer...”

Manejando acertadamente los términos, *necesidad de medio* y *necesidad de precepto*, el Padre Sotillo sostiene que al menos ésta última clase de necesidad les compete a las sociedades civiles con relación al ingreso en la Iglesia católica:

“A las sociedades civiles la Iglesia católica es necesaria al menos *con necesidad de precepto*; bien podría decirse que es en algún modo necesaria con *necesidad de medio*; pero en un sentido bastante diverso de la necesidad de medio de los hombres en particular”.

Para que se origine la obligación de que se viene tratando es indispensable una suficiente explicación o predicación de la religión católica.

Existen dos clases de deberes: el objetivo y el subjetivo. La obligación objetiva siempre rige, la subjetiva, según se acaba de indicar, solamente cabe, cuando la religión católica se expone y enseñe suficientemente como la única verdadera.

Se habla, pues, de una obligación que dimana de la misma entraña del Estado:

“Se señala y propugna el *deber objetivo siempre*, y *subjetivo* en caso de suficiente proposición de la religión como verdadera y revelada, si nada por otra parte lo obstaculiza, del *estado-sociedad* y del *estado-autoridad*, deber que brota de la naturaleza misma de ambos, según los quiere Dios, es decir, según deben estar constituídos conforme a la voluntad de Dios natural y positivamente manifestada” (página 192).

Este problema puede analizarse sobre el plano de lo concreto o sobre el plano de lo universal.

Se prescinde en estas afirmaciones de lo que se ha verificado en el tiempo y lo que está sucediendo en el espacio hoy en día, se atiende a la esencia misma de la sociedad civil y a los principios determinantes de la misma.

En el terreno de lo concreto pueden subsistir diversas hipótesis con sus peculiaridades.

Aquí se considera la obligación del Estado a abrazar la religión sobrenatural en el terreno de los principios. Se habla aquí en tesis, en general, en abstracto; desentrañando y aquilatando la esencia misma de la sociedad civil:

“Se afirma, pues, esta obligación no como en una cierta *hipótesis* determinada, sino, como suele decirse, *en tesis, en el orden de los principios y de las relaciones esenciales dimanantes de la misma naturaleza*; puesta la existencia de la sociedad civil, que debe constituirse según las normas civiles” (pág. 192).

Aquí se estudia un modelo de relaciones mutuas hacia el cual los estados y la Iglesia *de derecho* han de tender.

No se indica un ideal cuya realización sea mas o menos voluntaria. Habrá obligación de tender más o menos hacia ese ideal. *De derecho*, se dice; pues *de hecho* las relaciones entre la Iglesia y el Estado, han de ser examinadas por la prudente vigilancia de la Santa Sede, a quien corresponde dictaminar sobre el particular.

Lo cual no anula el derecho que tiene la Iglesia a aspirar al ideal más perfecto de relaciones mutuas con los estados civiles:

“Y se establece este tipo de relaciones (entre la Iglesia y el Estado) co-

mo el tipo ideal (como el ideal propio) hacia cuya efectiva realidad (realización) deberá tender y acomodarse mas y más el Estado civil..." (pág. 192).

Se describe y explana una ecuación obvia y sencilla. Los individuos, aunque formen sociedades, no dejan por eso de seguir obligados a todos los deberes que tienen como particularidades.

Y así como los individuos siempre y en todo lugar han de entrar en la Iglesia, de igual modo están obligados los estados de todas las naciones y de todos los tiempos.

Aquí convendría recordar la doctrina que se defiende en teología fundamental sobre la obligación que los infieles tienen de ingresar en la Iglesia, e igualmente sería oportuno aducir lo que la teología dogmática afirma sobre la salvación de los infieles:

"Por lo cual, del mismo modo que todos los individuos de todos los tiempos y lugares están obligados a entrar en la Iglesia, por la misma razón los estados siempre y en todas partes caen bajo la misma ley" (pág. 192).

El que la Iglesia y el Estado estén en unión y concordia tanto negativa como positiva no implica absurdo ninguno.

Tampoco es una bella y rosada utopía.

Puede ser real, y no anhelo y ensueño de una imaginaria tierra o de una añorada época. Es factible, y puede llevarse al plano de lo real:

"Ciertamente, el tipo de unión ideal, y no como *ente de razón, o solamente existente en las regiones imaginarias*, como alguien parece insinuar; sino posible y capaz de verdadera realidad, en frase castellana, realizable; ya nos ha sido propuesto por la Iglesia, para ahora y para el porvenir, a cuya consecución nos exhorta continuamente" (página 193).

El raciocinio resulta evidente y rotundo.

La Iglesia tiene suma prudencia y perspicacia para no ir tras utopías. Si la Iglesia propone a los fieles un ideal en cualquier terreno es porque lo considera factible y adaptable a la realidad.

Además que la Iglesia no solamente plantea un programa de relaciones mutuas, sino que anima a los fieles para que esos planes logren trasladarse a la práctica. Claro está que en la actualidad, además del futuro se cuenta con un pasado aleccionador y estimulante en lo referente a las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Lo que fue realidad en un tiempo, puede ser adaptable en la época actual y nunca quimérico o imposible:

"Y la Iglesia nunca puede proponer nada abiertamente quimérico como tipo ideal, ni tender a él, ni pedir arduosamente su real implantación (realización). Y el ideal que la Iglesia propone, exhorta a realizar y pide arduosamente, según consta por muchísimos capítulos, es el ideal de un Estado que profese la verdadera religión" (página 193).

Grandioso y triunfal es el panorama rasguado y delineado en el salmo II.

De él se deducen brillantemente las aplicaciones concernientes al tema planteado. Parece escucharse el estampido instantáneo y atronador de la explosión de la tierra.

Para Dios sería el mundo como un jarro de barro cocido que se cascase someramente contra las piedras:

"De estas palabras (salmo II) se deduce lo siguiente: Las naciones y los pueblos y sus príncipes están obligados a no romper los vínculos (leyes de

Notas

Dios y de Cristo) ni rechazar el yugo (sus lazos), o su régimen; sino que por el contrario, deben servirles con temor, y con reverencia serles obsequiosos; bajo pena de incurrir en la ira y en la indignación de Dios y en su ruina propia, sino hacen estas cosas (*las romperás como vaso de alfarero*). Es así que esta disciplina o ley y la voluntad del Señor y de su Cristo solamente se encuentra en la Iglesia. Luego..." (página 194).

El exterminio con el que Isaías, en el capítulo sesenta, versículo doce, amenaza a las naciones, será castigo de la desobediencia al reino de Dios.

La argumentación supone que aquí se habla de la Iglesia. Esto lo afirman unánimemente los autores de exégesis bíblica y los tratadistas de teología fundamental.

Si existe una pena de muerte sobre las naciones desobedientes a la Iglesia, hay que concluir que están bajo el peso de una obligación real o insoslayable de pertenecer a ella y de obedecerla:

"Las gentes y los reinos (según se deduce del texto de Isaías, 60, 12) deben servir a la Iglesia bajo pena de exterminio, lo cual supone culpa y por consiguiente obligación moral. Ahora bien, servir a la Iglesia incluye necesariamente su reconocimiento, ingreso en ella y obediencia a la misma. Luego el Estado está obligado a entrar en ella, y no separarse de la misma" (pág. 194).

Recuérdese la doctrina católica sobre la salvación de los infieles fuera de la Iglesia; lo cual no implica devaluación de esta argumentación.

Una gran fuerza probativa se encierra en el versículo doce del capítulo cuarto de los Hechos de los Apóstoles; nuestro autor explana maravillosamente el siguiente raciocinio:

"Esto es: ni los hombres ni las sociedades, ni los príncipes obtienen la salvación sino es por Cristo. Ahora bien, Cristo depositó toda la salvación en la Iglesia. Luego, fuera de ella no hay salvación para los hombres, ni para las sociedades, ni para los príncipes; sino solamente dentro de ella y por ella" (Compendium Iuris Publici Ecclesiastici, 2ª edición, autor Lorenzo Rodríguez Sotillo, S. J., "Sal Terrae", Santander 1951, pág. 195).

EL COCK-TAIL

Por Felicidad Blanc

Aquél día al entrar en casa Carlos no se paró a dejar el sombrero en el perchero como otras veces. Atravesó el pasillo corriendo y llamó a Laura con ansiedad. Laura, Laura, una noticia sensacional! A que no adivinas? Laura dejó un momento en suspenso lo que estaba haciendo y se quedó perpleja mirándole. No, cómo voy a adivinar? Acaso un ascenso? No, no, por Dios, nada de eso. Es algo de menos importancia, pero para ti de mucha alegría. Figúrate; esta mañana al entrar a despachar con don Manuel un asunto que había pendiente y que había resuelto yo muy a su gusto, según me pareció ver en su actitud conmigo, y cuando ya me disponía a abandonar el despacho, se quedó mirándome con esa sonrisa que él tiene los días buenos y me dijo de pronto: "González, usted no tendrá ningún compromiso para el viernes? Doy un cock-tail en mi casa y me gustaría verles por allí a usted y a su señora. Es a las siete, no se olvide, en mi casa". Casi no pude contestarle; le dí las gracias atro-

pelladamente. Figúrate, un cock-tail! Nunca hemos estado en nada parecido. Será como en las películas; una reunión donde se bebe, se charla y se divierte uno muchísimo. Sólo tenía una duda; si tendrías tu traje adecuado para ello. Me imagino que será algo muy elegante. Ya lo coneces a él y a su familia, cómo viven. No me explico ni cómo nos han invitado. Figúrate que he sido el único en la oficina. A nadie más le ha dicho nada. En fin, tu verás. Piénsalo, y sobre todo, no escatimes nada. Cómprate lo que te haga falta. Un día es un día, y no debemos presentarnos de una manera ridícula. Sí, decía Laura, todavía sorprendida, yo procuraré que todo quede bien gastando lo menos posible; ya ves, el sombrero me lo pueden dejar mis primas. Hace pocos días compraron uno precioso, muy de moda, aunque algo atrevido; imagínate que lleva una pluma encarnada, pero una pluma grande como aquellas que había en el despacho del abuelo. Qué suerte que ellas me lo puedan dejar! Porque ya ves, los míos están anticuados; ya no se llevan. Y el traje? Espera, se me ocurre una idea; iré mañana a la modista. Trataremos de arreglar uno que tengo, y, si no, aunque gastara un poquito más, algo que hiciera juego con el sombrero. Bueno, mujer, eso tú sabes mejor que yo. Pero estás contenta, verdad? Mucho, mucho Carlos. Me vuelvo loca pensándolo.

Aquella noche Laura no podía dormir. Pensaba una vez y otra en la modista, en su traje, en el bolso, que había que limpiar para que disimulara un poco las señales del mucho uso, pero sobre todo en el sombrero. Dormida estaba ya y todavía veía agitarse la pluma sobre él como si el viento la moviese. Ella la quería coger, pero se escapaba siempre. Mientras tanto, Carlos daba también vueltas a su imaginación y pensaba que aquella invitación era una buena señal; que quizá fuera que él quisiera hablarle de una manera más íntima de una mejora, de un ascenso, quién sabe? quién sabe? Estaba ya dormido, o era su propia voz la que repetía "quién sabe, quién sabe", de una manera tan persuasiva y dulce que casi le parecía una melodía?

Los días pasaron de prisa. Llegó el viernes. Por la mañana, las primas mismas trajeron el sombrero y lo colocaron sobre la cabeza de Laura. Qué extraña me encuentro! —había dicho ella—. Pero es tan elegante! Figúrate! —asentían las primas— es de última moda. Pero, a ver, a ver con el traje. Apareció el traje. Era encarnado como la pluma, de una tela tiesa, poco flexible. Se lo puso nerviosa, después, otra vez el sombrero, y para completar, una capita de piel de un marrón rojizo que le dejara una hermana suya. Qué tal, cómo estoy? Las primas asentían muy bien, muy bien; no habrá muchas como tú. Carlos entró también a contemplarla. Te gusto? Perfecta, maravillosa, como siempre estás tú.

Salieron a las seis en punto de casa. No era cosa de retrasarse. La portera se la quedó mirando. Qué elegante, doña Laura! Va usted de fiesta? Sí, a un cock-tail contestó Laura, con una negligencia ya un poco afectada. Llegaron frente a la casa. Quizá sea un poco pronto. Son las siete menos veinte. Esperemos. Dieron una vuelta a la manzana. La gente los miraba. Entremos, entremos —dijo Laura—. Ahora en Madrid no se puede ir bien vestida. No ves cómo nos miran? Llamaron temblorosos a la puerta. Al fondo se oía ruido de voces, y a Laura le latía fuertemente el corazón. Una doncella les abrió. Atravesaron un hall iluminado y luego dos salones donde había distintos grupos de personas de pie. Don Manuel y su señora salieron a recibirles. Qué tal? La señora sonreía de una manera protectora. Pero ellos no lo notaban; estaban sumergidos todavía en aquéllo sin darse todavía apenas cuenta de nada. Momen-

Notas

tos después, un camarero se acercó. Un martini, señor? Llevaba una bandeja llena de copas, y Carlos y Laura se apresuraron a coger una de ellas. Estaban solos. No les presentaban a nadie y tenían conciencia ya de su soledad. Veían a la gente ir y venir, saludarse y volver a marcharse. Todos hablaban de una manera automática, como si trajeran la lección aprendida. Laura de vez en cuando sentía una mirada femenina atravesarla. Se paraba un momento en sus zapatos, seguía por las medias, luego el traje, para terminar por fin en el sombrero. En algún grupo se apercibió de que hablaban bajo y que la miraban. Después, nada. Indiferencia, olvido; no, aquello no era como en las películas, alegre, dinámico; no, la gente no era acogedora, sino fría, reservada. Y no parecía demasiado alegre, aunque bebían incansablemente. Carlos le dijo por lo bajo: Convendría que nos separáramos. No me parece bien estar juntos toda la tarde. Se aventuraron solos. Los martini hacían su efecto. Laura se sintió valiente, decidida, y por fin contenta. Sí, había que aventurarse a realizar aquél juego de las cuatro esquinas. Correr de grupo en grupo con aire desenvuelto, como persona que sabe lo que se lleva entre manos. Pero adónde ir, sin conocer a nadie? Buscó a Carlos con la mirada. Lo vió atravesar el salón resueltamente. Ella a su vez lo hizo, como quien se tira de pronto al agua sin saber nadar, y se fue directamente hacia una señora que le pareció la más asequible. La sonrió. La señora no contestó a su sonrisa. Entonces ella, tímidamente, la interpelló: Dígame, usted no será la primera vez que viene a un cock-tail? No, ni mucho menos contestó extrañada, y continuó su conversación con otra señora que tenía al lado. Otra vez, de nuevo en busca de la limosna de una palabra, de un poco de cordialidad. Los zapatos empezaban a dolerle y el sombrero era sobre su cabeza una cosa extraña, como si de pronto quisiera independizarse y vivir una vida propia. Se paró cerca de un grupo, sin atreverse a hablar, mirando sólo, como un perro hambriento que espera algo. La señora de la casa, compadecida, se acercó. La voy a presentar. Oyó unos nombres, le dieron unas manos distraídas, alguien le hablaba de París, de lo caro que estaba allí la vida. Ella decía a todo que sí, procurando agradar, asentar aquella voz que le hablaba para que no se escapara de nuevo, para no tener que buscarla otra vez. Pero la voz se alejaba, la abandonaba, y sin saber por qué, ella tenía ganas de llorar. Le pareció oír una burla lejana, un comentario sobre algo de ella, y perdida, triste, como azotada, se puso a buscar a Carlos entre la gente. Carlos, mientras, enardecido por la bebida, se había acercado a don Manuel y le hablaba con tono superior de los negocios, de la última operación de la semana. Su jefe, sorprendido, le escuchaba, no con demasiado agrado. Amigo González, no estamos aquí para hablar de estas cosas. Beba, diviértase, y perdóneme que le deje. Tengo que hacer los honores. Le vió con tristeza alejarse. No debió estar acertado! Para qué preguntarle por nada? Don Manuel, mientras tanto, pensaba: "Estos subalternos, estos subalternos... Fue una debilidad mía invitarle. Ahora, en la oficina, ya no habrá quien le aguante. Y la señora, la pobre, qué cursi... Son un par de desgraciados. Qué cosas tiene la vida! En mi oficina, en su trabajo, me había parecido otra cosa".

Volvieron a encontrarse en un rincón del salón. Laura dijo tristemente: Carlos, yo creo que podríamos marcharnos. No, no, contestó él, nervioso. Parecería que no nos había gustado. Esperaremos a que se marchen los demás. La señora de la casa se detuvo un momento con ellos. Diviértanse, diviértanse! Llamó a la doncella. Tráigales otro cock-tail a estos señores. Laura decía: No se preocupe, por Dios; lo estamos pasando maravillosamente. Empezaron las des-

pedidas. Lo hacían de una manera perfecta, sin parecer casi que se iban. Carlos, por fin, se acercó tembloroso a su jefe. Gracias, don Manuel, se lo he agradecido mucho. Nada, nada, la cosa es que lo hayan pasado ustedes bien. Laura volvía a repetir: oh, maravillosamente!

Salieron a la calle. Llovía. Una lluvia menuda. No había manera de coger un tranvía. Se me va a estropear el sombrero —dijo Laura—. No, es poca cosa. Vamos así, pegados a las casas. No se hablaban, casi no se atravían a comentar. La lluvia salpicaba lentamente sus vestidos. Qué pena, qué pena! Qué dirán mis primas? —decía Laura—. No te preocupes, mujer, en el sombrero no te cae. Entraron en casa. Otra vez la portera preguntó: Qué, se divertieron? Sí, sí, mucho. Subieron de prisa. Por fin, su casa, el refugio seguro. Una sensación de tranquilidad, de bienestar, de que todo hubiera terminado. Laura limpiaba la pluma, secaba la humedad del sombrero. Lo dejó con cuidado sobre una mesa. Respiró, como el soldado que se despoja de su uniforme después de una dura batalla. No quisieron cenar. Sentían una pesadez extraña en el estómago y en la cabeza, y un gusto áspero y amargo en la boca. Al acostarse se besaron, como siempre. Tenían la sensación de haber perdido algo o de ser ellos más pequeños y la casa más humilde. Pero se apoyaron el uno en el otro y se sintieron ellos mismos otra vez, comprendiendo, por fin, lo inútil y vanal de su empeño. Carlos bostezó. Laura hizo lo mismo, y cuando ya comenzaba a invadirle el sueño, oyó la voz de Carlos, que decía: No creas, ellos tampoco deben de ser muy felices.

FRANCOIS MAURIAC

Por Alfonso Lopera

El bien fundado prestigio universal del Premio Nobel de Literatura concedido en 1952 a Francois Mauriac, dió a este gran valor de las letras católicas una merecida actualidad. El nombre de Mauriac señala en efecto la cúspide de la novela francesa contemporánea; críticos autorizados exaltan el arte de este escritor católico que ha sabido iluminar con resplandor de fe los más oscuros fondos del corazón humano, que tuvo fuerzas para llevar la novela de la zona mefítica del naturalismo al clima tonificante de la verdad cristiana, bajo un sol de misericordia y caridad.

Sobre la cumbre de sus 67 años reciamente vividos, este rudo bordelés sigue dando a Francia y al mundo el testimonio de la fe, en la iluminación de su obra literaria y en el ejemplo de su vida cristiana.

Un ilustre sacerdote predicador, que bien lo conoce, nos lo muestra así: "Es Mauriac un creyente auténtico, un hombre de fe y de oración que medita y comulga. Tiene una alta conciencia de su responsabilidad como escritor, que en veces llega hasta el sufrimiento, y una profunda necesidad de dar testimonio de su fe" (H. C. Chéry - Mauriac).

La actividad de su pluma es incansable y sólo la altura cimera de su novela hace que permanezcan en planos secundarios las otras manifestaciones de su cerebro infatigable. Con qué holgura se mueve del poema al ensayo, de la biografía a la ficción, del discurso académico a la nota política. En todos estos campos la firma de Mauriac, como la huella del león, difunde un cálido clima de admiración y respeto.

En el diarismo, por ejemplo, ha sabido colocarse en la altura moral e intelectual en que debe mantenerse el periodista católico. Desde 1933 viene colaborando en distintos diarios de París, de manera especial en *Le Figaro* y lo hace sobre crítica literaria y cuestiones de actualidad política. Nadie como él con más vigor en las polémicas, con más talento para elevar la controversia, con más certeza para dar en el blanco; su amor a la verdad lo constituye enemigo leal y lúcido de toda traza de mentira. Mas no se crea que alcanzó la cumbre de su convicción católica de un solo impulso decidido del corazón o tras un sereno vuelo del espíritu; su retorno a la fe fue lenta ascensión, duro sendero paso a paso ganado, cima luminosa en que se concretaron muchas vigiliias de angustia y reflexión.

El mito de Cibeles, que cantó en el bello poema de juventud, es apenas reflejo de su lucha interior. Por mucho tiempo fue su alma como esos pinos que describe en su Diario "tranquilos entre la arena y el azul y que guardan en su corteza una cigarra para adormecerlos". Cristo y Cibeles disputáronse su alma y su arte; entre la arena y el azul, entre la gracia y la naturaleza, el alma se enrutó por fin con paso decidido hacia la altura. Su espíritu de extracción pagana vióse entonces iluminado por un sol de verdad que simultáneamente proyectó su luz sobre los negros fondos que aborda en sus novelas; hubo ya para el escritor una respuesta a los problemas del mal, a la miseria del corazón, a la ignominia de la carne; tuvo por fin el artista un derrotero cierto para hundirse en los abismos abiertos en la humanidad por el pecado, para explorar las grietas que cava en el mundo la pasión, para pintar la vida como es, contaminada por el mal pero ungida por la misericordia.

En Mauriac se palpa la disciplina que deja en el espíritu el lento arribo de la gracia; con la imposición católica entró en su alma la costumbre de replegarse sobre sí misma, de examinarse, compararse y someterse, el hábito de mirar hasta el fondo en el mundo y en las conciencias y ver la sombra de Dios amorosamente proyectada sobre los seres y sus actos, sobre lo transitorio y lo eterno.

Tres son los períodos de esta obra ascendente, claramente reflejados en su producción literaria. La época inicial (1909-1923), período de poesía sentimental, no desprovista de encantos y justamente elogiada por críticos como Barrés y Faguet. A ella pertenecen *Las manos juntas* y *Adiós a la adolescencia*. De este tiempo son las novelas que, como *L'Enfant Charge de Chaines*, *La Chair et le Sant*, *Preseances*, aunque sin el vigor de sus grandes obras, presentan ya los temas de Mauriac: el conflicto del bien y del mal, la disección de una sociedad aburguesada, la fuga de la inocencia por los desfiladeros del pecado.

La época segunda (1823-1828) es de pasmosa actividad literaria; el escritor se halla en plena posesión de su talento artístico, su prestigio se ha levantado ya sobre sólidos cimientos. Publica nuevos poemas, ensayos enjundiosos, estudios biográficos admirables como los consagrados a Pascal, Proust y Racine. Es la época de las seis grandes novelas del período de "preconversión". Entre ellas se destacan por méritos eminentes *Genitrix* y *Teresa Desqueyroux*.

Se perfilan ya los grandes seres de Mauriac, asfixiados en las encrucijadas del pecado: Teresa, la envenenadora, la madre de Génitrix que cerca a sus hijos con amor sofocante, los adolescentes que zozobran entre instintos e inquietudes. Pero el escritor que sondea con mirada certera y angustiada la desolación oceánica de la vida y de la culpa, gime todavía en el yermo del desamor divino.

Vienen luego dos años decisivos: 1928 y 1929. El novelista se silencia, su espíritu se debate afligido entre las fronteras de la naturaleza y de la gracia, Cristo y Cibeles combaten en su alma; muchos cristianos siguen expectantes el conflicto y lo cercan de cartas y plegarias. El período de combate definitivo comienza con *Souffrances du Chretien* que es un doloroso examen de conciencia y termina como *Bonheur du Chretien*, himno de triunfo de la gracia. En adelante Mauriac será el novelista católico, el traductor para el mundo de las miserias del hombre sin Dios. Publica en esta época un libro capital, *Dieu et Mammon*, guía certero para explorar el alma del escritor cristiano.

Y empieza la tercera época luminosa de Mauriac, la de sus grandes realizaciones en lo novelística cristiana; el período en que, purificada la fuente, se desborda el río de su arte para llevar a las almas respuestas de fe a las angustias del pecado, la época de los grandes ensayos cristianos, de su arribo triunfante al teatro, de la consagración de su arte creyente cuando se ve llamado a ocupar el sillón académico de René Bazin y pronuncia el famoso discurso *Trois Grands Hommes Devant Dieu*, proyección luminosa de la fe sobre la historia de la inteligencia francesa.

El novelista católico entrega después una sucesión de obras maestras. *Nudo de Víboras*, proceso terrible de los creyentes sin amor, obra cumbre de la novela cristiana; *El Misterio de Frontenac*, oasis resplandeciente en su novelística ensombrecida; *El Fin de la Noche*, epílogo de las luchas tremendas de Teresa la envenenadora; *Los Angeles Negros* en que esclarece la honda realidad del misterio redentor; *Los Caminos del Mar*, *La Farisea*, picota de abominación para ese frío catolicismo sin alma fabricado de apariencias y concesiones cobardes.

Mientras tanto la Comedia Francesa abre sus puertas consagradorias a dos grandes dramas de Mauriac, *Asmodee* y *Les Mal-Aimes*. El genio cristiano triunfa en todas las líneas.

Muchas almas se desconciertan ante el ambiente con frecuencia pesado y ensombrecido de las novelas de Mauriac, ante su pintura realista de la vida y de la culpa. La novela es ante todo análisis de los caracteres, sentimientos y disposiciones de los personajes; a través de ambientes, dehechos, de ademanes el novelista explora el alma de sus seres; hasta tal punto deben rebosar de vida los personajes creados que pronto aparecen en franca emancipación de la mano engendradora y sacan cierta la concepción pirandelliana de un personaje en busca de autor. El arte del novelista es pues ante toda mirada creadora, exploración psicológica, desentrañamiento del principio general en la trabazón de lo particular, mirada firme sobre la vida, en su génesis y en sus variados desenlaces, visión profunda del destino humano, transitorio y eterno, nutrido de jugos terrenales y alumbrado por serenos resplandores divinos. Por esto, sólo el novelista católico dispone de recursos suficientes para tan ingente labor; es preciso el cristianismo para explorar dignamente los cerrados abismos del alma, para comprender que no es el espíritu simple epifenómeno de lo fisiológico, para hallar, como decía Bloy, en cada vida un símbolo, no un representante social como vieron los naturalistas. Para penetrar en el alma hay que tener sentido espiritual de la existencia, ir a ella no con herramientas de crítica sino con los fuegos del amor y de la compasión, ver la vida y sus miserias con pupilas purificadas por la caridad.

Mauriac se explica así: "Purifiquemos la fuente. Un escritor católico no es un triunfador, es un militante en peligro. En cada una de sus obras se juega

entero cuerpo y alma. Avanza sobre una estrecha cuchilla tendida entre dos abismos: no escandalizar, pero no mentir; no excitar las concupiscencias de la carne pero no falsificar tampoco la vida”.

Mauriac ve el mundo con una visión de cristiano angustiado ante el poder del mal, ante el dominio creciente del maligno, ante la preponderancia de la carne sobre el espíritu, ante el empuje de dos fuerzas que apartan del genuino cristianismo a una inmensa multitud: el dinero y los prejuicios sociales; ve la falsificación del concepto del pecado en el mundo moderno, siente cómo se desgarran el hombre entre odios, concupiscencias y ambiciones, cómo se encubre el vicio con capas de virtud en las almas y en las sociedades, y todo lo pinta con la independencia del cristiano; pero conoce al mismo tiempo el hondo valor de la redención humana, los misterios de la gracia, los secretos caminos de Dios en las almas, y tiene la esperanza cierta del triunfo definitivo del ángel sobre la bestia.

Por ello sus novelas son mezcla curiosa de pesimismo y optimismo, por eso hay que ir hasta el fondo y no enredarse en el ambiente sulfuroso en que muchos de sus seres actúan, en tanto que más hondo se perciben los rumores de las aguas del bien.

Mauriac quiere rehabilitar la noción del pecado que el mundo falsea. “Lo que introduzco a pesar mío, afirma, en todas mis criaturas es la prolongación metafísica, forjadora de malestar. Soy un metafísico que trabaja en lo concreto. Gracias a cierto dón de atmósfera procuro tornar sensible, tangible, olfativo el universo católico del mal. Ese pecado del que los teólogos dan una idea abstracta yo lo hago encarnarse” (Journal - II). Y en realidad sabe arrancar con maestría las máscaras sociales, poner el dedo de su análisis en el punto preciso de la úlcera, descubrir el sordo rumor del mal entre los murmullos mismo de la plegaria; en veces una sola frase ilumina, como relámpago, las oquedades de la culpa. Tres ejemplos bastan para confirmarlo. En “Destins” veamos las palabras reveladoras de una situación común a nuestra sociedad, con las que el hijo de Elizabet Gornac le enrostra su falseamiento del concepto de la religión y del pecado. “Sin embargo, te crees digna y religiosa, pretendes saber lo que es el pecado. Pues bien, no lo sabes. No te preocupas sino del cuerpo. Hasta la religión forma parte de tu confort y de tu higiene!” En “El Fin de la Noche” Teresa Desqueyroux, la envenenadora, propone el problema del mal con esta frase en que trata de disculpar su crimen: “No, yo no soy un monstruo! Usted mismo si bien mira y aún sin indagar mucho... oh claro! Usted nunca ha forzado la dosis de un remedio para desembarazarse de una criatura. Pero existen tantos otros remedios para suprimir los seres! Cuántos ha rechazado usted de su vida!”

Mauriac explora pues de un golpe esa honda traición de la caridad al prójimo corroída a cada paso por el veneno que cada uno lleva en sus venas y del cual es apenas pálido símbolo el arsénico que hábilmente maneja Teresa Desqueyroux.

Ahora veamos una frase en que con un curioso juego de pronombres personales plantea el conflicto de la carne, el problema del hombre: “Este mundo, dice, este mundo ciego de la carne, este universo de células y glóbulos que obedecen su ley e ignoran la nuestra porque ellos no son nosotros! (*car ils ne sont pas nous*)”.

Mas ya dijimos que para Mauriac la visión del mundo no es del todo pesimista y desolada; sus ojos van a la miseria humana iluminados por la luz de

la fe y de la esperanza, humedecidos por aguas de caridad y compasión. De esta suerte sabe situarse en las antípodas del naturalismo porque plantea el conflicto y expone la solución; su mirada escrutadora no es de indiferencia sino de amor y de misericordia. Se siente solidario de la flaqueza humana, comprende la responsabilidad de la verdad, sabe rehuír los linderos del escándalo sin apartarse de los límites de la viva realidad, no hay en él curiosidad de la falta o dureza para con el caído, reina en su obra un inmenso amor, la caridad de Cristo. Esa acritud de muchas de sus páginas se funda en una visión espiritualizada de las cosas. Por eso para leerlo se requiere la condición que Mauriac pone al escritor católico: purificar la fuente! A la novela de Mauriac debe llegarse también con el corazón limpio.

SOBRE MARCO FIDEL SUAREZ

Por León Obando Navarro

El vástago de aquella pobre mujer, nacido en Hato Viejo cuando transcurría el año de 1855 y de nombre Marco Fidel Suárez, no parecía llamado a los cimeros destinos de que luego disfrutó.

Su cuna se guareció bajo una desvencijada choza —hoy monumento de la patria y sitio de peregrinación obligado de quienes admiran a los grandes hombres—, el parco sustento se conseguía mediante los humildes menesteres lavaderos de su madre, la ilicitud de su origen lo hacía víctima propicia de la persecución social.

En ese ambiente miserable se desarrollaron su niñez y su juventud: muchas anécdotas nos quedan sobre tal época aciaga de dificultades, trabajos arduos, esfuerzos constantes, anhelos de saber. Recordemos solamente que todo aquello no logró sino endurecer su voluntad, dar resistencia a su cuerpo mal nutrido y purificar la creencia religiosa profunda de que constantemente usó y se ufano.

La historia natural nos manifiesta que las más hermosas y preciadas joyas surgen del pedrusco que, incrustado en la ostra, la atormenta y tortura. Es un símil perfecto para el caso que contemplamos: el pedrusco de los prejuicios y miserias atormenta a aquella personalidad vibrante, cuyos movimientos calisténicos de la voluntad, la inteligencia y el cuerpo, producen las capas translúcidas de que se forma la gema de su celebridad en terrenos tan dificultosos como la política, la literatura, el derecho internacional y el gobierno.

En 1881 se celebró el centenario del egregio maestro Andrés Bello y entre las actividades a su memoria tributadas se contó un concurso literario; a éste se presentó un estudio sobre la gramática del agasajado que mereció el premio acorde, consistente en el nombramiento de miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Firmaba el trabajo nuestro héroe bajo el pseudónimo de W.K.Z. y con él se enrutó por las pedregosas y estrechas vías de la gloria, ya que más semejaba labor de erudito en cuestiones lingüísticas castellanas que obra de principiante.

Dentro de la anchurosa comarca política de principios de siglo estableció su vivac aquel excelso humanista, y lo hizo con tamaño acierto, que no tardó en sobresalir y decidirse a permanecer indefinidamente en ella. Desempeñó,

entre otras, las funciones de congresista y jefe supremo del partido conservador, en momentos difíciles y llenos de ocultos escollos.

El Gobierno requirió sus actuaciones para el bien patrio en el Ministerio de Relaciones Exteriores como miembro de la Junta Asesora, secretario, titular de la cartera y adjunto utilísimo hasta poco antes de morir. En el Ministerio de Instrucción Pública reveló sus facultades docentes al ocupar dicha posición.

La votación de los ciudadanos colombianos lo llamó a la presidencia de la república. Durante su período gubernativo se verificaron elaboraciones de variadísima utilidad, primando el ramo de las comunicaciones y el arreglo de asuntos internacionales pendientes. En el primero se cuentan: el incremento progresista del Ferrocarril del Pacífico y de las Ferrovías del Tolima; la nacionalización defensiva de Puerto Wilches y del mencionado Ferrocarril del Pacífico; el establecimiento de la Escuela Militar de Aviación, del servicio de correo aéreo —primero eficientemente organizado en el mundo—; el reconocimiento técnico del litoral Pacífico con el fin de iniciar acertadas obras portuarias, y del río Magdalena, verificable éste por una compañía extranjera y tendiente a la mejora de la navegación y a la apertura de Bocas de Ceniza; la construcción del muelle de Buenaventura, la extensión del cable submarino a Cartagena; y el proyecto y encargo de varias estaciones radiotelegráficas, especialmente la que se emplazaría en Bogotá.

En el segundo campo se destacan: la entrevista de Rumichaca, en que se hallaron los presidentes de Ecuador y Colombia; tuvo como resultado feliz el arreglo amistoso de los problemas limítrofes; las conversaciones adelantadas con el Perú, encaminadas al mismo fin y culminantes cuando el benemérito hombre público había hecho dejación de la primera magistratura; el enfático deseo de aprobar el tratado Urrutia-Thomson, acerbadamente truncado por el antagonismo parlamentario.

Asimismo, la creación de la Escuela Nacional de Veterinaria, la fundación y desenvolvimiento del Observatorio Meteorológico, el montaje de faros y boyas para asegurar las cercanías portuarias, el impulso a la agricultura y a los edificios públicos, la celebración del Primer Congreso Pedagógico Nacional, la adopción de nuestro Himno Patrio —considerado como tal desde 1892—, la ayuda al Instituto Rockefeller en la extensa campaña contra la anemia tropical, los viajes al Chocó, departamentos occidentales y Costa Atlántica, fueron otras de las empresas actuadas y actualizadas en el transcurso de su mandato.

Es posible que la calidad humana hubiera hecho de sus actividades políticas y gubernativas un material mejorable; empero, la emponzoñada sevicia de sus adversarios hizo más que atacarlo: lo convirtió en un desterrado de su partido y en una ofrenda a la ingratitud popular. Al cabo de los años, la historia gélida, veraz y objetiva reivindicó su memoria y lo colocó en el alto sitio que formaban sus méritos.

Sin embargo, donde más descolló su empinado genio, feracísimo, autónomo y cálidamente tropical, fue en el párrafo literario de su aristada existencia.

Leamos aquel "Ensayo sobre la gramática de Bello", leaureado en nuestra patria y publicado ulteriormente en las prensas hispanas, en compañía de otras producciones suyas, bajo el rótulo gregario de "Estudios Gramaticales"; captemos varios de sus estudios y ejecuciones académicas, como "El Castellano en mi Tierra", "El pronombre posesivo", las oraciones laudatorias a Núñez, Miguel A. Caro, Cuervo, Murillo Toro y Cervantes Saavedra; y admiremos la excelsitud de

ensayos como "Jesucristo", "El positivismo", "Los maestros de Maquiavelo", "La misericordia", "La industria del trigo", "Juan Pablo Restrepo" etc. Escudriñemos la personalidad sobresaliente de Rafael Núñez, Carlos Holguín, Leonardo Canal, Marceliano Vélez, Francisco Antonio Zea y Juan del Corral a través de las cuidadosas biografías preparadas por Suárez; y por último, maravillémosnos con los versados y sucintos juicios sobre arte y literatura, gramática y educación, ética y periodismo, política nacional e internacional y enterémosnos de la aplogía de sus procederés y los ataques defensivos contra sus enemigos políticos, en los sencillos diálogos de Luciano Pulgar, su máxima producción; y digamos, unidos a todos los que han estudiado sus características personales afectivas, que en Marco Fidel Suárez el casticismo, el castellano y la nacionalidad se concatenaron con el más extraordinario ímpetu, arrollaron sin misericordia los obstáculos incommensurables puestos en su ruta y se revelaron muníficamente en los superbos paisajes literarios constituídos por la belleza de sus disquisiciones, la perfección de sus cláusulas y períodos, el sentimiento impulsante de sus apóstrofes, la exaltada y dadivosa nobleza de sus loas a magnos compatriotas, la claridad de las exposiciones, la concisión de sus juicios, la acendrada rotundidad de su elocución y la sencillez de sus palabras.